

# HEMINGWAY Y LA VICTORIA DE LA JUVENTUD

POR

MARIA DE LOS ANGELES SOLER

Acabo de leer dos novelas de Ernest Hemingway: "El viejo y el mar" y "Por quién doblan las campanas". En estos tiempos nuestros de desilusión y de "absurdo vital", y en esta vieja Europa nuestra que duda de todo y que no acierta a encontrar su tabla de salvación, la lectura de Hemingway es como una lluvia refrescante en un día de bochorno.

En las páginas de Hemingway —en éstas, las de sus últimas obras— se respira vida y juventud. Trasciende de ellas un hálito poderoso de salud y de fuerza. Sus personajes son jóvenes siempre, independientemente de su edad. El mismo Hemingway —a pesar de la blancura de sus cabellos y de su hermosa barba— lo es; es decir, el punto de vista desde el que están enfocadas sus narraciones —que es el que les da su sentido peculiar—, "el cristal con que se mira" es un cristal de juventud.

Sin embargo, no ha sido siempre así. No toda la obra de Hemingway está bajo este signo de juventud y de magnífica vitalidad. También Hemingway mordió la manzana del escepticismo. Una novela de su primera época, la que le lanzó a la fama, "Adiós a las armas", es buena prueba de ello. Es curioso que precisamente ésta, que debía ser una obra de juventud, puesto que joven era entonces su autor, no lo sea. Al menos, que no lo parezca de acuerdo con lo que se suele entender por juventud. Pero el hecho es irrefutable, como todos los hechos; está ahí, imponiéndose por la fuerza de su sola presencia. Habremos de revisar nuestros conceptos si queremos darle una explicación. Para ello pensamos un poco sobre lo que puedan ser la juventud y la vejez.

\* \* \*

Lo más evidente en la vejez e indudablemente lo fundamental —juventud y vejez son conceptos biológicos— es la mengua de vitalidad, el desgaste de las fuerzas vitales: la salud va dejando paso a enfermedades y achaques; la energía y la fuerza se van perdiendo; la inercia sustituye a la acción.

Por otra parte, y pasando de la "biología" a la "biografía" (1), la vida no es algo terminado, concluso, que le sea dado al hombre ya hecho y prefijado. La vida se hace, y se hace precisamente viviendo. Y vivir es actuar en el más amplio sentido de la palabra acción, el que incluye también la acción intelectual, la artística, e incluso la contemplación. El hombre, viviendo, actuando, se hace a sí mismo y hace su vida. Pero el hombre, al hacerse a sí mismo, va acotando, delimitando, cada vez más estrechamente, el campo de sus posibilidades, su campo de acción. En todo sentido, la vejez supone además una merma de libertad. El joven tiene ante sí una extensión amplísima, casi limitada, hacia donde dirigir las flechas de su acción. Puede elegir entre infinidad de posibilidades que se ofrecen, vírgenes, a su mirada virgen. En principio, puede serlo todo, puede intentarlo todo. Con el solo condicionamiento de la circunstancia que le rodea y de suyo natural (2). Pero a medida que va viviendo, a medida que va eligiendo una posibilidad entre otras muchas, cuando ha elegido una forma ideal de vida, una religión, una profesión, un estado, y ha obrado en consecuencia, su horizonte queda considerablemente reducido. Y a cada acción se reduce un poco más, hasta que llega un momento en que su vida parece transcurrir por un cauce antiguo, cómoda —o incómodamente— llevada de la mano por su pasado (3). En la vejez, el campo de acción se ha reducido al mínimo.

Pero éste es sólo el reverso de la medalla. Veamos el anverso.

La vejez es un presente grávido de pasado, un presente que gravita hacia el pasado. En ello está la razón de su mayor riqueza y de su mayor pobreza. Hay en la vejez un desequilibrio entre pasado y futuro, a favor del primero. A la vejez le queda poco tiempo. Sin embargo, no es aquí —en el futuro, en la escasez de futuro— donde radica el polo negativo de la vejez, ni siquiera su característica temporal más definitiva. Un hombre puede morir joven, saber además que va a morir, y esto no le convertirá en un viejo; e incluso su muerte prematura, por la actitud con que ha de enfrentarse a ella, dará quizás a su vida su más auténtico sentido de juventud, como la muerte de Roberto Jordán, protagonista de "Por quién doblan las campanas",

---

(1) "... el sentido *primario y radical* de la palabra vida aparece cuando se la emplea en el sentido de biografía y no en el de biología. Por la fortísima razón de que toda biología es en definitiva sólo un capítulo de ciertas biografías; es lo que en su vida (biografiable) hacen los biólogos. Otra cosa es abstracción, fantasía y mito". José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, capítulo IX.

(2) Este condicionamiento, esta determinación, que podrían parecer ya suficientemente agobiantes, son nada en cuanto se comparan con los que ha de padecer el hombre en su vejez.

(3) Véase cap. XXII, segunda parte, de la *Ética* de José Luis Aranguren.

muerte ejemplar a este respecto. Y a la inversa, puede un anciano tener muchos años por delante, pero esto no hará de lo que le quede de vida una vida joven.

Será el presente, lo que es, lo que caracterice en definitiva tanto a la juventud como a la vejez; el presente, lo único con entidad actual. Pero se da el caso singular de que el presente de la vejez consiste, en su mayor parte, en presencia del pasado. Es el pasado, es decir, la presencia, la turgencia de pasado en su presente, lo característico de la vejez.

Y esto en dos sentidos. Positivamente, la vejez es, a una primera mirada, sabiduría —sabiduría sobre todo de vida vivida—, experiencia; es decir, “patencia” del pasado en el presente. Pero además de esta patencia hay también una “latencia”; además de esta carga patente, otra latente. El hombre, con el paso del tiempo, viviendo, no sólo acumula experiencia, sino que también acumula vida: hace cosas y, haciéndolas, se hace a sí mismo. Esa carga latente que va dejando el pasado, que late en el presente sin hacerse ostensible, pero actuando sobre él, incorporada al hombre, es su biografía, es su vida, es el hombre mismo, lo que el hombre ha hecho de sí. El hombre que cada uno se hace a través del tiempo, viviendo, actuando, haciendo cosas, lleva en sí el peso —positivo o negativo— de todo su pasado, oscuramente presente en él, y desde él operante.

El hombre, al llegar a la vejez, es, pues, doblemente rico: rico en experiencia y en realización de sí mismo.

Ahora bien, la realización de sí mismo, que es una riqueza en sí misma considerada, como mera realización vital, puede ser algo positivo o algo negativo, puede ser una buena o una mala realización vital. Si el camino ha sido acertadamente recorrido, si se ha elegido bien, lo que quede por vivir irá fácil y derechamente, como un proyectil bien disparado, a clavarse en el blanco. Por el contrario, ese determinismo, la merma de libertad que más arriba señalábamos y que en el caso anterior se convertía en facilidad para alcanzar la meta; si se há vivido mal, arrastra con la misma fuerza hacia el abismo, con el triunfo de lo puramente negativo: la falta de libertad.

En cuanto a la sabiduría, a la experiencia, tiene también una vertiente negativa. “En la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor”, dice el *Eclesiastés*, libro sabio por excelencia, por excelencia viejo. La ciencia, la sabiduría —ciencia y sabiduría de vida— implican desilusión. Y la desilusión apaga la fe. Al choque con la realidad, las ilusiones del hombre, que siempre vuelan demasiado altas, se vienen a tierra estrepitosamente, como las alas de Icaro a la ardiente cercanía del sol. Y sus proyectos tienen que

limarse de lo que se quisiera que fuese para adaptarse a lo que es. Hay siempre una gran distancia —distancia decepcionante— entre lo imaginado y lo que luego es, entre el pensamiento y su realización. Y eso lo sabe bien el hombre viejo, y su experiencia le hace escéptico, le va apagando la fe en la vida, en las cosas de este mundo, y coarta su acción. El viejo, porque es sabio, no se atreve a querer demasiado.

La juventud, en cambio, nueva y libre, es un ímpetu virgen que se lanza hacia el futuro. En su sana ignorancia —también la ignorancia puede ser saludable—, cree en todo y lo puede todo, al menos cree que lo puede todo, que ya es mucho; y lo quiere todo: “Ellos han logrado huir —se dice Roberto Jordán—. Ahora, si el ataque tuviera éxito... Pero ¿qué pretendes? ¡ Todo! Lo quiero todo.”

\* \* \*

Pero Hemingway, en “Adiós a las armas”, era joven y escéptico a un tiempo. ¿Cómo es esto posible? Muy sencillo: simplemente porque era *demasiado* joven.

“Todo buen principiante es un escéptico, pero todo escéptico es sólo un principiante”, dice Herbart. Y todo joven que lo sea realmente, es un buen principiante. Así Hemingway en “Adiós a las armas”. Joven, nacido en la joven América, llega a Europa, a Italia, lo más viejo de Europa, y vive en ella una guerra absurda y decadente en la que nadie a su alrededor cree. Es un duro golpe para su juventud. Es el momento en que Europa va a abandonarse al escepticismo, cuando se empieza a hablar por primera vez de la decadencia de Occidente, cuando esta decadencia empieza a sentirse como una realidad fatal. Hemingway, como hombre de su tiempo, y como demasiado joven, se deja ganar por el escepticismo. Pero, también porque es joven —aunque ya no sea tanto después de su primer choque con la realidad—, no tarda mucho en salir de él. La vitalidad de la juventud es más fuerte que todos los escepticismos. Antes dije: “El viejo, porque es sabio, no se atreve a querer demasiado.” Quizá sea más exacto decir que el viejo, porque es viejo y sabe que no puede querer demasiado y no se atreve a querer demasiado, encuentra en su experiencia y en su escepticismo una justificación a su inercia. Pero la juventud supera el escepticismo y, con una nueva adquisición, la prudencia, sigue adelante. Quizá es que no se aprende a ser joven hasta que se está empezando a dejar de serlo. Roberto Jordán dice: “Lo quiero todo —y añade— y me conformaré con lo que me toque.” Hemingway ha pasado por Europa, por la vieja Europa, y ha apren-

dido de su boca, y en propia carne, su antigua sabiduría. Y se ha hecho prudente: "Me conformaré con lo que me toque." Pero, porque es joven, no se ha quedado en el escepticismo. Sus palabras no son escépticas, sino prudentes. Su juventud sigue diciendo: "Lo quiero todo." Y lo intenta todo. Hemingway sigue eternamente joven, como si hubiese escanciado su copa con los dioses olímpicos. El viejo pescador de "El viejo y el mar", es, como él, paradójicamente joven. Sale al mar —a "la mar", como él gusta de llamarla—, un día tras otro, sin que el fracaso consiga vencerle, animado por la esperanza, por la fe de encontrar un pez muy grande: "Mi pez tiene que estar en alguna parte", se dice. Y luego, cuando, al cabo de ochenta y cuatro días de búsqueda infructuosa, encuentra su pez grande —"Ahora sólo, y fuera de la vista de tierra, estaba sujeto al más grande pez que había visto jamás, más grande que cuantos conocía de oídas..."—, entonces empieza una lucha titánica, una lucha nobilísima entre el pescador y su enemigo, lucha sin rencor, donde el enemigo es apreciado en todo su valor, y, en un cierto sentido, también amado: "El pez es también mi amigo —dijo en voz alta—. Jamás he visto un pez así, ni he oído hablar de él. Pero tengo que matarlo. Me alegro de que no tengamos que tratar de matar las estrellas." Y la lucha se prolonga durante dos días y dos noches: "Me estás matando, pez, pensó el viejo. Pero tienes derecho. Hermano, jamás en mi vida he visto cosa más grande, ni más hermosa, ni más tranquila, ni más noble que tú." Y cuando ya ha vencido al pez, la adversidad vuelve de nuevo sobre él; y lucha contra ella, contra los tiburones que acuden al olor de la sangre del pez amarrado a la barca porque no cabe en ella; y lucha hasta el final, sin desfallecer un instante, hasta que sólo queda el esqueleto desnudo del pez. Y luego, ya de vuelta, rendido y maltrecho, renace, sin embargo, a la esperanza:

"—Ahora pescaremos juntos otra vez —le dice el muchacho que, antes de su mala suerte, pescaba con él.

"—No. No tengo suerte. Yo ya no tengo suerte.

"—Al diablo con la suerte —dijo el muchacho—. Yo llevaré la suerte conmigo.

"—¿Qué va a decir tu familia?

"—No me importa. Ayer pesqué dos. Pero ahora pescaremos juntos porque todavía tengo mucho que aprender.

"—Tenemos que conseguir una buena lanza y llevarla siempre a bordo. Puedes hacer la hoja de una hoja de muelle de un viejo Ford. Podemos afilarla en Guanabacoa. Debe ser afilada y sin temple para que no se rompa..."

Hay una juventud esencial en estas palabras, en todo el libro, que

se desprende de él como un aroma fresco e intenso. Hay, por encima de todo, fe en la vida, y fe en la acción que se realiza, en el trabajo que se emprende, en la empresa que cada uno tiene que llevar a cabo: el viejo, la pesca; Roberto Jordán, la voladura de un puente. Es una fe oscura, inconsciente; no la fe que se tiene sabiéndolo, sino la fe que sostiene sin saberlo. Es una "creencia", en el sentido que da Ortega a esta palabra. Cada uno cree en la eficacia y, sobre todo, en la necesidad de su tarea (4), sin hacerse siquiera cuestión de ello. Y hasta el punto de considerarla por encima de la propia vida.

#### HEMINGWAY, SARTRE Y LA AVENTURA.

En *La Nausée*, Sartre o, si se quiere, el protagonista de su novela, descubre que no existe la aventura. El mundo es absurdo, la vida humana carece de sentido. No hay más que hechos, cosas, existencias vacías de significación, desnudas, gratuitas: "masas monstruosas y blandas, en desorden, desnudas, en una extraña y obscena desnudez".

En el orden de la vida humana todo es igualmente absurdo, insignificante. La aventura, "las historias", no existen. El protagonista de *La Nausée* ha tenido su última aventura: el descubrimiento de que la aventura no existe. Después de esto su vida se deslizará sin sentido, siempre igual, trabajosamente, estúpidamente. Podría decir también, como su amiga de otro tiempo: "Yo me sobrevivo." Y, con ellos, gran parte de nuestros contemporáneos.

Hemingway, por el contrario, cree en la aventura.

La aventura es, según Ortega, el "sentido" de las cosas o, más exactamente en este caso, de los hechos. "Las cosas —dice— tienen dos vertientes. Es una el "sentido" de las cosas, su significación, lo que son cuando se las interpreta. Es otra la "materialidad" de las cosas, su positiva sustancia, lo que las constituye antes y por encima de toda interpretación (...). Mas la realidad es un simple y pavoroso "estar ahí". Presencia, yacimiento, inercia, materialidad." (5). Y, refiriéndose a los molinos de viento de la Mancha, que a Don Quijote parecen gigantes, añade: "Estos molinos tienen un sentido: como "sentido", estos molinos son gigantes. Y continúa: Verdad es que Don Quijote no anda en su juicio. Pero el problema no queda resuelto porque Don Quijote sea declarado demente. Lo que en él es anormal ha sido y seguirá siendo normal en la Humanidad" (6).

---

(4) "Tú naciste para ser pescador y el pez nació para ser pez", se dice el viejo.

(5) y (6) *Meditaciones del Quijote*.

“Mas la realidad es un simple y pavoroso “estar ahí”. Presencia, yacimiento, inercia, materialidad.” Sartre, al dejar reducidas las cosas a su nuda y pura existencia, las condena a ese “simple y pavoroso “estar ahí”, las priva irrevocablemente de sentido. “El mundo de las explicaciones y de las razones no es el de la existencia —dice Sartre en *La Nausée*—”. Y su afirmación es irrefutable. Si afirmase lo anterior del mundo de la esencia, erraría. Pero lo afirma del mundo de la existencia. Y a éste ha dejado reducida la realidad. Ante esto, todo es absurdo: “lo absoluto o lo absurdo” (7). No podemos dar sentido a la existencia con nuestra razón, porque nuestra razón no extiende su dominio más allá del ámbito de la esencia. De ahí las palabras del protagonista de *La Nausée*: “Yo estaba de sobra para la eternidad (...). Todo es gratuito: este jardín, esta ciudad y yo mismo. Cuando acontece que uno se da cuenta de ello, el corazón da un vuelco y todo comienza a vacilar...; he aquí la náusea.” No podemos dar sentido, justificación a la existencia con la razón. La existencia, la gratuidad, la contingencia, el que las cosas y nosotros mismos “estemos ahí”, no pueden justificarse sino por la fe. Si no se admite a Dios; más exactamente, si no se cree en El, lo lógico es el absurdo. Sartre, rigurosamente lógico, va del ateísmo al absurdo, conceptos que se suponen entre sí, y que, entre ambos, encierran una concepción del universo; de la misma manera que, dentro de otra concepción del universo, y sustentándola, se suponen la existencia de un Dios creador, sabio y justo, y la inteligibilidad del mundo y su sentido y justificación.

Nuestras “creencias” sustentan nuestros mundos ideales. Para Sartre el mundo es absurdo porque no cree en la existencia de Dios. Para el que cree en Dios, el mundo —aunque sólo sea en Dios, y para El— tiene justificación y sentido.

Pero los personajes de Hemingway, que afirman no creer en Dios; que, en el mejor de los casos, no están muy seguros ni de su existencia, ni de su no existencia, obran, sin embargo —como si Dios existiera—, “contando” con el sentido del mundo en que viven, con el sentido de su vida y de su muerte, con el sentido de su quehacer. Hay una serie de cosas maravillosas en el mundo de Hemingway: la fe en el amor, en el deber, en el trabajo; el valor, la fortaleza, el respeto a los demás, la ternura —hacia los hombres, hacia los animales, hacia las cosas—, una ternura fuerte y varonil, y por encima de todo

---

(7) *La Nausée*.

ello —o quizá más exactamente por debajo, sosteniendo y vivificando todo lo demás— la fe en la vida (8).

“Creencias —dice Ortega— son todas aquellas cosas con que absolutamente contamos, aunque no pensemos en ellas” (9). Hemingway, sus personajes, no tienen ya la creencia en Dios, pero creen en la vida; y es la suya una creencia viva, operante, de la que nacen y en que se apoyan todas sus demás creencias.

Esta aparente contradicción entre la no creencia en Dios de Roberto Jordán y su fe en todas esas cosas que, en buena lógica, se derivarían de la fe en Dios, y no sobrevivirían sin ella, es una contradicción sólo dentro del campo intelectual, del campo de las puras ideas; pero deja de serlo en cuanto se considera dentro del campo vital, del campo de las creencias: “El creer no es ya una operación del mecanismo intelectual, sino que es una función del viviente como tal, la función de orientar su conducta, su quehacer” (10).

De este modo, lo que sería incongruente en Sartre, es decir, en su sistema de ideas —el ateísmo junto a la creencia en el sentido del mundo—, no lo es en Hemingway, es decir, en su sistema vital. Como diría Ortega, lo que sería contradictorio para la razón pura no lo es para la razón vital.

Hemingway no es un intelectual, afortunadamente para él y para nosotros que le leemos. Hace poco, Juan Goytisolo, en un artículo publicado en la revista *Destino*, distinguía entre novela intelectual y novela inteligente. No recuerdo a la letra los ejemplos que citaba en uno y otro caso; pero ateniéndome al espíritu de su artículo, será intelectual, por ejemplo, la novela de Huxley, la de Sartre, incluso —aunque ésta quizá sea más bien fronteriza— la de Camus. Será inteligente la novela de Hemingway, la de Faulkner, la de Dos Passos.

Hemingway no es un intelectual, sino un hombre sencillamente inteligente y, sobre todo, vital, de una vitalidad magnífica. Mientras Sartre se encierra en un café de St. Germain de Pres, Hemingway se va a Africa a cazar leones.

Hay en Hemingway un equilibrio perfecto entre todas sus facultades, equilibrio que no es frecuente observar en nuestro tiempo, donde, en el mejor —o peor— de los casos, la balanza se inclina peligrosamente del lado del intelecto, de la pura razón, con la inevitable consecuencia de una desvitalización que afecta a las mismas construcciones intelectuales, de las que emana un olor sofocante a decadencia

---

(8) “No eres marxista y lo sabes —se dice Roberto Jordán—. Crees en la libertad, en la igualdad y la fraternidad. Crees en la vida, en la libertad y en el derecho a buscar la felicidad.”

(9) “Ideas y creencias”.

(10) José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*.



y a muerte: "filosofía de la finitud", del "ser para la muerte". No. Sino filosofía de la vida, del ser para la vida.

Hemingway, porque está vivo, tremendamente vivo, es sabio y joven a un tiempo. Es un magnífico ejemplo a seguir.

A primera vista se diría que esta juventud de Hemingway es la juventud de América; que el viejo pescador del alma joven sólo es posible en un mundo joven, aún virgen, de escepticismo en sus más profundas raíces; que en Europa sucede exactamente lo contrario; que la juventud europea es joven de cuerpo y vieja, viejísima, de espíritu; que los jóvenes en Europa somos una tremenda y dolorosa paradoja viva: nacemos a la vida con toda la fuerza, con todos los generosos y encendidos impulsos de la juventud, en un mundo viejo y sabio, sin fe y sin esperanza; que Santiago, el viejo pescador, es un viejo joven, mientras que nosotros somos una juventud vieja. Todo lo cual suena muy bien, es muy hermoso, patéticamente hermoso, como un canto de cisne; pero no es exacto, *ya* no lo es. Ciertamente, la situación de Europa durante unos años, más o menos treinta, a partir del final de la primera gran guerra, era aproximadamente ésa. Pero aquel escepticismo puede que fuese, como en el caso de Hemingway, más que un escepticismo de vejez, un escepticismo de extrema juventud; más que de una etapa histórica agonizante, de una etapa nueva, demasiado joven, que empezaba. Algo nuevo se advierte, a poca sensibilidad que se tenga, en el aire de nuestro momento, del que ahora vivimos: el nihilismo, todos los nihilismos —los de derechas y los de izquierdas— empiezan a parecernos algo así como la línea lanzada por Dios hace dos temporadas: "demodés". Quizá no se aprende a ser joven hasta que se está empezando a dejar de serlo. Y quizá esté apuntado el primer albor de la madurez de nuestra época, que se inició juvenilmente con ese escepticismo desesperado que aún pesa sobre nosotros, pero que empieza a resquebrajarse. Bien pudieran ser signo de ello las últimas obras de Hemingway y esa sensación que se respira en el ambiente de que el nihilismo es algo decididamente pasado de moda. Y quizá esto que escribo yo ahora aquí sea también signo mínimo, pero signo al cabo, de ese cambio. Si no se trata de vejez, sino de juventud —preocupada, pero inmadura; lanzada precipitadamente al escepticismo—, aún cabe esperar algo de Europa y de nosotros, antes de ese Apocalipsis que parecía inminente. El momento es difícil y oscuro. Pero es *nuestro momento*. La vida es siempre nueva, inédita, única para cada hombre, a pesar de lo que diga la sabiduría de los viejos, y el escepticismo de los demasiado jóvenes; a pesar de la sabiduría de la vieja Europa, y del escepticismo de la Europa que empieza a vivir, cuyo futuro está en nuestras manos.

*Doy consejo a fuer de viejo,  
nunca sigas mi consejo,*

decía Antonio Machado. Y decía bien. Lo que no quiere decir que se haya de renegar de Europa, ni de nuestro pasado histórico, sino, por el contrario, que hay que hacerse cargo de él, pero de la manera más sabia —más juvenil, más vitalmente sabia— posible: ponerse sobre el pasado, no debajo de él; asentar sobre él firmemente nuestras plantas, no dejar que nos aplaste como una losa bajo su peso. Usar de su sabiduría con prudencia y arrojar por la borda el escepticismo. Y quererlo todo, e intentarlo todo.

María de los Angeles Soler.  
Diego de León, 42.  
MADRID